



## NUEVO Y VERDADERO ROMANCE

en que se declara el mas heróico chasco que se ha escrito ni se ha oido, que dieron siete mugeres á un frances comerciante en la calle real del Avapies, en la corte de Madrid, á quien geringaron la bolsa y el trasero, do que le resultaron unos culamas atrás, que le curó el doctor Marroigas con los polvos de císcome en esas, y lo demas que verá el curioso lector.

*Ha sucedido en este presente año.*

**A**tencion, noble auditorio, mientras mi lengua declara el mas eminente chasco, la azaña mas celebrada que se ha escrito ni se ha oido en la generosa España. En la corte de Madrid, por todo el mundo nombrada, por lo rica y populosa y de todos alabada.

Vivia en la dicha corte un frances, que egercitaba oficio de Mercader, que Monsiur Juan se llamaba. Tan gabacho era en sus obras, que tierno galanteaba á cierta muger del pueblo, con aquella confianza de que tenia doblones para poder obligarla.

Era la dicha señora  
mocita recién casada,  
y por un leve motivo  
sentó su marido plaza.  
Viéndose el frances ya libre  
de lo que á él le incomodaba,  
por el mar de sus deseos  
viento en popa navegaba;  
mas el bajel de su intento  
se fue al través y dió en laja,  
derrotado en la tormenta  
de su desecha borrasca.  
Un día de mañanita,  
con su manto y con su saya,  
con gala y con bizarría  
venia como una santa  
la señora de la Iglesia:  
cuando el frances que adoraba  
las esquinas de su calle,  
haciendo piernas estaba.  
Saludóle la señora,  
y él tambien la saludaba,  
diciéndola que tenia  
que decirle dos palabras.  
Con su modo de esplicarse  
la dijo lo que la amaba;  
y ella Monsiur, le responde,  
deja finezas tan raras,  
confiesa que es tiempo santo,  
mira que el diablo te engaña,  
que no soy yo como aquellas  
que de locuras se pagan.  
Viendo el Mercader la breva  
tan verde y tan apretada,  
triste la pidió licencia  
solo para visitarla,  
que estimaba mucho el verla;  
y ella permitió la entrada  
solo para que la viese:  
le asió el frances la palabra,  
y despidióse glorioso,  
con las nuevas esperanzas;

desde entonces mas amante,  
atento la regalaba.  
Pasóse en fin la Cuaresma,  
y la mañana de Pascua,  
mas derretido que nunca,  
cayéndosele la baba,  
con todo el pañal pegado,  
hecho dulce mermelada,  
la dijo: Señora mia,  
perdonad mis ignorancias,  
que ya no puedo sufrir  
el incendio que me abrasa.  
Por vos se muere mi vida,  
yo os adoro con el alma:  
si remediais mi deseo,  
os daré luego por paga  
cuatro doblones de á ocho.  
Y si quereis voluntaria  
corresponder á mi amor,  
para siempre sin mudanza,  
cuanto tengo será vuestro.  
Y ella muy disimulada,  
le dice: Ven esta noche,  
Monsiur Juan, que ya se ablanda  
mi dureza con lo dulce  
de tus amantes palabras.  
Y si te portas galante,  
y cumples lo que me mandas,  
tuya seré para siempre:  
rindióla el frances las gracias,  
y él fue á prevenir la cena,  
mientras que fue la taimada  
á dar á siete mugeres  
cuenta de lo que la pasa.  
Y entre todas concertaron  
dar al frances cantonada,  
con el chasco mas heróico  
que pudo jamas la fama  
escribir en la memoria  
de las mugeres bizarras.  
Ordenaron una ayuda  
de cal viva y de mostaza,

aceite, vinagre y ajos,  
de salvado, sal y malvas,  
media libra de pimiento,  
tres onzas de quina amarga,  
y fueron á un Cirujano  
que la ayuda las prestára.  
Vino la noche y con ella  
el frances que deseaba  
con la luz de las estrellas  
gozar la risa del Alba:  
Recibióle la señora,  
y haciéndole caravanas,  
pescó los cuatro doblones  
con sus manitas labadas,  
que como dice el adagio,  
quien destaja no baraja.  
Trajo el frances que cenar  
un conejo en empanada,  
dos pichones en cazuela,  
y dos perdices asadas,  
de vino una grande bota  
llena, que se derramaba.  
Cuando las siete mugeres  
escondidas y tapadas  
estaban, hasta que el tiempo  
llegase de la empuchada.  
Puso la niña la mesa,  
y el frances solicitaba,  
antes que las de las aves,  
las pechugas de la dama.  
Y ella le dijo: Monsiur,  
deja que la noche es larga  
para que los dos gocemos  
con gusto finezas tantas.  
Mientras dispongo la cena,  
porque este candil se apaga,  
sácame un poco de aceite,  
y en una honda tinaja  
metió el frances la cabeza,  
cuando luego como balas  
salen todas las mugeres,  
y al pobre frances agarran,

se cargan sobre los hombros,  
y como plomo pesadas  
le tuvieron en el cepo;  
las otras le desatacan,  
y sacando la geringa,  
que estaba muy bien cargada  
de la dicha municion,  
quemando que reveataba,  
los cuarenta y ocho pliegues  
del ojete le desgarran,  
haciendo la puntería,  
y en fin por entre esas nalgas  
por el ojo de vitoque  
el fiero cañon disparan,  
y le pusieron el cuajo  
de caldo que revosaba;  
y le decian: gavacho,  
anda muy enhoramala,  
ahora si que pagarás  
tu desvergüenza malvada.  
Y despues de geringado  
hasta las mismas entrañas,  
por toda la cara grande  
le dieron de bofetadas  
con zapatos y hortigas,  
hasta que pidió la caca.  
El triste frances gruñia,  
viendo que la purga obraba,  
y con dolores de tripas  
decia con tristes ansias:  
*O, perma fuè que fogo,  
defame salir borrachas.  
O, mal via tase vos futro  
vostro quiso desolladas:*  
y en fin porque le dejasen  
entregó de buena gana  
el frances todo el dinero  
de la bolsa que llevaba,  
catorce reales de ocho,  
todo en plata segoviana.  
Sacó el frances la cabeza,  
y halló la puerta cerrada,

y sin poder reportarse,  
tropezando con las bragas,  
aflojó las ahujetas,  
y a la sangre de la panza  
se le soltó la sangría,  
hilo á hilo se vaciaba.  
Ibase de ballestilla,  
y hubo churrete por barba;  
y reparando que el patio  
con cámaras anegaba,  
le dijo la picarona,  
riéndose á carcajadas:  
Tome esa ayuda de costa  
el pícaro caga pasas,  
y váyase el muy cagado  
á la calle enhoramala.  
Abrieron toda la puerta,  
y hediendo que apestaba  
se fue el frances, como dicen,

á curar sus almorranas.  
Querellóse á la justicia,  
y averiguóse la causa;  
mas hizo el señor Alcalde  
una graciosa alcaldada,  
pues sentenció que el frances  
en todo pagase farda,  
y que las dichas mugeres  
no volviesen una blanca;  
y se regalaron todas,  
haciendo del chasco gala.  
Abrid los ojos, franceses,  
que las mugeres de España  
con cañones de geringa  
pueden conquistar á Francia.  
Dios os libre de mugeres,  
que saben hacer la gata,  
y luego dan con un perro  
despues de tomar la plata.

F I N.